

RITUALES DE LLUVIA EN SAN JOSE

José Alejos García

Los habitantes del municipio de San José son reconocidos en Petén y en la literatura antropológica como indígenas Maya Itzá, descendientes de aquel extraordinario reino maya que logró mantener su independencia respecto a la Colonia española casi doscientos años después de iniciada la conquista.

1697 es el año de la caída del reino de Tayazal, y marca el inicio del régimen colonial en Petén. Pero en realidad, durante los dos siglos posteriores a esa fecha, la selva y sus habitantes vivieron en un alto nivel de aislamiento, al margen de los acontecimientos en las metrópolis coloniales. Conquista y colonización no impidieron que los indígenas continuaran con formas de vida silvícola tradicionales. Los Itzáes por su parte, continuaron habitando en diversos pueblos en la cuenca del lago y gozaron de cierta autonomía política y cultura gracias al resguardo de la selva y al limitado poder del gobierno colonial.

La explotación capitalista del chicle, o la época de la chiclería, como se le conoce en Petén, arranca a fines del siglo XIX y tiene efectos notables sobre los pueblos indígenas, particularmente entre los Itzáes de San José y San Andrés, ubicados en la ribera norte del lago Petén Itzá. Atraídos por las oportunidades de empleo en la chiclería, mucha gente emigró a Petén desde diversos lugares de Guatemala, México, Belice. Con ese proceso migratorio y laboral se inician nuevas relaciones interculturales, ocurren cambios y rupturas importantes en las formas de vida tradicionales. Entre estos cambios podemos observar la expansión del español como lengua franca en los campamentos chicleros y en el negocio del chicle en general, así como un abandono temporal de la familia, la comunidad y la agricultura de milpa, ya que durante seis meses del año, los hombres salían de sus poblados hacia la selva para dedicarse a extraer el chicle de los árboles de Chicozapote. Podríamos decir que con la chiclería empieza una modalidad de explotación capitalista que abre las puertas al posterior saqueo masivo de la selva y al cambio sociocultural de los antiguos peteneros.

En las últimas décadas, el pueblo de San José se mantiene como el último bastión de la cultura Maya-Itzá en Guatemala, pero sus habitantes continúan una precipitada carrera de cambios culturales, siempre marcados por relaciones de desigualdad y dependencia con el exterior. Las políticas demográficas nacionales y el mejoramiento de los medios de transporte terrestre y lacustre han hecho que el municipio de San José sea objeto de una creciente migración de guatemaltecos provenientes de varios departamentos, principalmente de Alta Verapaz y del Oriente del país. A este flujo migratorio se suma cierta “gente de dinero”, nacionales, europeos y norteamericanos, que ha comprado fincas y terrenos a la orilla del lago. Muchos de ellos nos residen permanentemente en el lugar, pero su presencia, junto a la de otros como el personal foráneo de investigación y de organización no-gubernamentales, juega un papel importante en los cambios ocurridos en la sociedad local. A lo anterior debe sumarse el impacto del turismo internacional como una expresión regional de la globalización. En buena medida, estos procesos escapan al control de los “nativos”, quienes ven con desconsuelo la pérdida constante de tradiciones y de valores propios.

Sin embargo, ante estos procesos aculturativos existen movimientos de respuesta, que buscan defender y promover los valores tradicional. Así, los Itzáes de San José no son meros receptores pasivos de los cambios globalizantes. Hoy en día existen expresiones culturales importantes frente a las devastadoras influencias externas. Una de esas expresiones es la recuperación de tradiciones culturales que ya se había abandonado, o que estaban en franca decadencia. Los rituales Itzáes descritos a continuación, que se realizan a inicios de mayo en honor a la Santa Cruz, y mas profundamente a la deidad de la lluvia, del rayo y de la fertilidad agrícola, tienen un gran valor para la cultura Itzá, son componentes centrales de identidad étnica, que los Itzáes guatemaltecos parecen decididos a conservar, aunque introduciendo adaptaciones de acuerdo a los nuevos contextos y situaciones.

El 3 de mayo, o día de la Santa Cruz, es motivo de una de las celebraciones más importantes en el calendario ritual de todo el mundo maya. La asociación de la cruz cristiana, que coincide con el momento de la siembra de la milpa. Las ceremonias a Chac, deidad de la lluvia, del rayo, han conservado su vigencia entre los mayas de la península de Yucatán, y los Itzáes, parientes próximos de aquellos, reafirman esos orígenes históricos mediante sus festividades de inicios de mayo.

En su libro sobre la historia social de Petén, Norman Schwartz (1992) menciona varios datos históricos interesantes sobre una ceremonia en honor a la Santa Cruz, practicada en San Andrés hasta fines de los años veinte del siglo XX, que según indica, pudo estar relacionada con antiguos rituales del venado, aunque aquí, en vez de venado el ritual se efectuaba con un cerdo, o coche, en el español regional. Esta ceremonia era organizada por la cofradía de los Hermanos de la Cruz (1992:72,119)

“Los Hermanos de la Cruz patrocinaban una ceremonia del “coche” o de “Santa Cruz”, la cual era muy similar a la ceremonia del cerdo de los mayas de Socotz en Belice, descrita por Thompson (1930)...La ceremonia era organizada por un sacerdote...una posición de prestigio que circulaba entre los indígenas varones. Antes de la ceremonia, el sacerdote y varios compañeros oraban por varios días, y junto a otros más contribuían a decorar una casa propiedad de la cofradía, con hilos de reales. El primero o el tres de mayo, la cabeza y hombros de un cerdo cocinado eran colocados en una pequeña mesa, decorada con listones y comida, un pedazo de pan se colocaba en la boca del cerdo. Un hombre cargaba la mesa recorriendo el pueblo, y una cuerda alrededor de su cintura era halada por un segundo hombre que “azotaba al coche”, tirando maíz detrás de él para “llamar a los coches”. Los hombres danzaban de una manera burlesca y cantaban canciones en maya. Una procesión los seguía por todo el pueblo. Los danzantes se detenían frente a cada cantina (propiedad de ladinos y criollos) y les servían bebidas para “reavivarlos”, de manera que pudieran continuar. Nadie de la casa o la cantina donde estos se detenían podía negarles una bebida. Finalmente, los danzantes terminaban muy borrachos y en ocasiones debían ser reemplazados por otros danzantes. La ceremonia duraba tres días, y al final el cerdo pudo haber sido repartido entre los indios.”

Como lo señala Schwartz, esta ceremonia del cerdo fue descrita por Eric Thopson en su investigación arqueológica y etnológica sobre los mayas de Belice (1930). En 1928 Thompson visitó Socotz, pueblo fundado por migrantes Itzáes originarios de San José, donde recopiló información acerca de esta ceremonia, similar a la reportada por

Schwartz, por lo que aquí solo mencionaré ciertos datos relevantes. En Socotz la ceremonia también se realizaba para el día de la Santa Cruz y los participantes a la fiesta contribuían anticipadamente con dinero, cacao, tortillas, listones y otra necesidad. Se mataba un cerdo grande, removiendo la cabeza y los hombros en una sola pieza. Luego se colocaba una piedra y en su lugar se colocaban tortillas, tamales, frijoles. La cabeza era puesta entonces en una canasta adornada con listones coloridos, frutos de la milpa y una botella de ron. Un hombre que representaba al cerdo cargaba en sus hombros la canasta con la cabeza del cerdo para hacer un recorrido por el poblado, visitando nueve casas, gesticulando y haciendo movimientos que imitaban al animal, mientras la gente bailaba a su alrededor. Thompson observa que anteriormente, luego del baile, la cabeza era llevada a la iglesia, pero debido a la oposición de los sacerdotes católicos, en ese entonces se llevaba a una casa particular donde se colocaba en una mesa, alrededor de la cual la gente marchaba nueve veces en un sentido y otras nueve veces en sentido inverso. Al final de la ceremonia, la cabeza se partía en cuatro partes, una para cada principal participante, y el contenido de la canasta se repartía entre los presentes, con la condición de devolver el próximo año el doble de lo recibido. Thompson indica que antes se ofrecían rezos al cerdo, pero nadie quiso darle más información al respecto, ni sobre el sentido de la fiesta. Señala además que hay una fuerte conexión entre el cerdo y los productos de la milpa, y que por lo tanto se trata de un antiguo festival agrícola. Es probable, dice, que el cerdo sea un sustituto moderno del jabalí o pecarí (1930:113).

Por su parte, el antropólogo Rubén Reina, quien hizo investigaciones en San José a inicios de la década de los sesenta, también ha publicado observaciones de interés sobre las ceremonias de mayo dedicadas a la lluvia, Reina (1984) relata que para inicios de mayo, los Itzáes de San José cazaban un pecarí, o coche de monte, y bajo la coordinación de un prioste, cocinaban la cabeza del animal en un horno subterráneo. Ese día, se consumían tortillas de maíz negro y reinaba un ambiente de sacralidad, de profundo respeto en todo el pueblo. A la mañana siguiente, el prioste, quien era considerado “el guardián de las costumbres mayas”, destapaba el hormo, sacaba la cabeza cocinada y anunciaba que todo había salido bien. La cabeza del coche se colocaba en una pequeña mesa, se le introducía una fruta tropical en la boca y se lo adornaba con unas flores silvestres de color blanco. Con ese arreglo, la cabeza era cargada por un danzante que la sacaba en procesión por las calles del poblado, acompañado de una marimba y una comitiva de mujeres y niños. Mas adelante, el prioste declaraba que todo indicaba que el año sería bueno, que las lluvias llegarían a tiempo para las milpas, por lo que se debía ofrecer comida a las cuatro esquinas (del mundo). Esta ofrenda recibía el nombre de primicias (1984:57ss)

Una semana después de esta ceremonia, los Itzáes se internaban en la espesura de la selva para quemar el terreno previamente desmontado y sembrar el maíz. Antes de la quema, se hacía una ofrenda de comida a la milpa, una primicia, así como una detenida observación de la naturaleza para determinar el momento y el lugar conveniente para iniciar la quema. La siembra del maíz se realizaba al finalizar el fuego, sobre las cenizas calientes, pues según los Itzáes, “el calor hace sudar a la tierra y ese sudor le gusta a las semillas, ellas reciben poder”. Reina narra que en esa ocasión al concluir la siembra, empezó la lluvia, según lo habían previsto los sabios Itzáes (1984:61-66)

También a inicios de los años treinta, REDfield y Villa Rojas realizaron una extensa investigación etnográfica sobre los mayas yucatecos del pueblo de Cahn Kom (1964),

reportando datos interesantes sobre las prácticas religiosas indígenas, incluyendo las ceremonias a la lluvia, que presentan importantes conexiones con las celebraciones de inicios de mayo de los Itzáes de San José. En su detallada descripción del Cha-Chaac o ritual para “traes lluvia”, los autores señalan que esta era una ceremonia extraordinaria, que no se hacía de acuerdo a una fecha fija del calendario, sino que solo se ejecutaba en circunstancias críticas de falta de lluvias en temporadas de la siembra del maíz, es decir, entre mayo y junio, y en ella participaba toda la población. En el Cha-Chaac se realizaba una cacería sagrada del venado, el que luego era cocinado en un pib, u horno subterráneo. Abundantes ofrendas en comida y bebida eran ofrecidas en un altar en la milpa a los cuatro chacs, o deidades de la lluvia y el rayo, en dirección de los cuatro puntos cardinales (1964:140s). la cruz ocupaba siempre un lugar central en el altar con las ofrendas, y a esta se le dedicaban aspersiones de un licor llamado balché durante el ritual. La cruz también es un símbolo importante en otra ceremonia relacionada, la primicia de los primeros frutos de la cosecha, la de los elotes tiernos. Esta vez, los elotes son cocinados en un pib, y la cruz marca el lugar de la ofrenda para avisar a los dioses de la milpa de la ofrenda en curso. (1964:144).

Este complejo ceremonial dedicado a la lluvia sigue vigente en San José, Petén, aunque con variaciones, resultado de las nuevas circunstancias. Yo tuve la oportunidad de presenciarlo en los primeros días de mayo de 1999, pues me encontraba residiendo temporalmente en el pueblo. Es esta ocasión, fueron los miembros de la sede Itzá de la Academia de las Lenguas Mayas los organizadores de la ceremonia, la cual tuvo tres momentos principales, estrechamente interconectados.

Por un lado, en la mañana del dos de mayo se llevó a cabo un culto religioso en un antiguo sitio ceremonial en las afueras del pueblo. El culto lo efectuó un venerado anciano, líder espiritual de la comunidad, el señor Domingo Chayax. El mismo consistió en una ofrenda de velas, inciensos y licor a la Madre Tierra, con rezos en maya y en español a las divinidades mayas y cristianas. Las ofrendas alimentaron un fuego hecho en un lugar previamente limpiado para el efecto, enmarcado por cuatro velas grandes de colores amarillo, rojo, verde y azul, en dirección de los puntos cardinales. Una cruz de madera llevada por don Domingo ocupaba un lugar central, frente a la ofrenda.

Un segundo momento inició por la tarde del mismo día, con la preparación del cerdo, al que se destazó y untó con abundante pasta de achiote, incluyendo la cabeza. Todas las piezas de carne se colocaron en un balde metálico, que luego se introdujo en el horno subterráneo o pib, previamente acondicionado con las piedras calientes. Esto se hizo en terrenos de la organización local llamada Bio-Itzá, que ofreció sus instalaciones para la realización, con un acto de inauguración local, un baile de marimba y comida de bollitos, suficientes para cerca de trescientos asistentes. Esta fiesta incluye un juego conocido como “los aros”, en el que los asistentes compiten por la obtención de ciertos objetos previamente colgados de un aro en el techo del recinto, tales como dinero en efectivo, licor y ropa, a cambio de devolver el próximo año el doble de lo recibido.

El tercer momento ocurrió al medio día del 3 de mayo, cuando la cabeza de coche fue colocada, siguiendo la tradición observada por los antropólogos citados, en una charola dentro de una pequeña anda con una mazorca de maíz en la boca y adornada con banderitas de colores y cordones de flor de mayo, (Sac Nicté) o “enjlada de flores”, otra tradición del centro del Petén, propia de estas fechas.

Por la tarde del mismo día, la cabeza de coche fue sacada en procesión por las calles del pueblo, cargada por un voluntario que danza sones tradicionales acompañado de una marimba y una comitiva, compuesta principalmente por mujeres y niños. Cada cierto tiempo, el danzante es relevado por otro voluntario, sobre todo en la danza más larga, ejecutada en la plaza central del pueblo. Allí los danzantes son convidados a un refresco, pero son consumo de aguardiente. De regreso a la casa de la Bio-Itzá, la comunidad y los visitantes nos reunimos para una comida de bollitos, y en una concurrida ceremonia, los organizadores recibieron ofertas de varias personas interesadas en quedarse con la cabeza, que fue sorteada y dada al ganador, con el acuerdo de entregar al año siguiente un cerdo de buen tamaño para la misma festividad.

Como podemos apreciar, esta ceremonia tiene una historia muy antigua, es una parte sustancial de la identidad Itzá, cuyo trasfondo es la necesidad de la lluvia de una sociedad agricultora. Los Itzáes están abandonando la agricultura de debido a los impactos negativos de la globalización de su mundo maya, y eso repercute en las tradiciones culturales como los rituales de lluvia, pues cada vez son menos los Itzáes que siembran la milpa. Pero el que los pobladores de San José busquen recuperar esta ceremonia sugiere que no todo está perdida, que también hay iniciativas culturales, inscritas en el movimiento maya guatemalteco, gracias a las cuales es posible conservar los valores de la tradición y recrear una identidad propia. Los mayas están mostrando poseer un extraordinario genio creativo para adecuar su cultura al presente y conservarla para el provenir.

BIBLOGRAFIA

Bartolomé, Miguel Alberto, La dinámica social de los mayas de Yucatán, México, Instituto Nacional Indigenista. 1988.

Pinelo, Marco Tulio, "Tradición Popular de Petén", Petén Itzá (37), 1996, pp. 30,34.

Redfield, Robert y Alfonso Villa Rojas, Chan Kom, A Maya Village, Chicago, The University of Chicago Press, 1964.

Shadows. A Mayan Way of Knowing, Nueva York, New Horizon Press, 1984.

Schwartz, Norman, Forest Society. A Social History of Petén, Guatemala, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1992.

Thompson, Eric, Ethnology of the Mayas of Southern and Central British Honduras, Chicago, Field Museum Press, 1930.